



ENTREVISTA CON HANS-JOCHEN VOGEL

Manuel MORAL

En todas partes se habla de una crisis del socialismo, ¿se trata de una nueva expresión de moda, que también gustan de utilizar intelectuales de izquierda, o nos hallamos aquí realmente ante una evolución histórica? ¿Se ha hecho obsoleto el socialismo en la moderna sociedad de consumo y bienestar?

Existe la tesis del fin del siglo socialdemócrata. Correcto en esta tesis es que en no pocos países europeos, entre ellos también en la República Federal de Alemania, pudieron imponerse formas modernas del Estado social contra la encarnizada resistencia de los conservadores. La tesis pasa por alto, no obstante, lo que aún queda por hacer y que lo conseguido no está en absoluto definitivamente asegurado. Precisamente la actual mayoría gobernante en la

República Federal pone en peligro logros del Estado social impuestos en el transcurso de décadas. Sin una socialdemocracia fuerte el Estado social se deformaría rápidamente. La lista de los daños ya es larga. Me limitaré a indicar como ejemplo la debilitación de los sindicatos o la introducción de contratos temporales sin ninguna clase de protección contra el despido.

O tome usted por ejemplo la igualdad de oportunidades en el sector de la formación, una de las reivindicaciones más antiguas de los socialdemócratas. Ha sido sin duda una muestra de política social reaccionaria el que esta coalición (en Bonn), ya desde los primeros meses desde que entró en funciones en octubre de 1982, haya eliminado la ayuda económica a los alumnos

con la consecuencia de que desde entonces vuelve a disminuir el número de hijos de trabajadores que asisten a escuelas que preparan para continuar estudios.

Pero si miramos el mapa político de Europa, observamos que los neoconservadores y neoliberales, con contadas excepciones, llevan en todos los países la batuta. A veces podría incluso obtenerse la impresión de que los conservadores están en camino de convertirse en «una socialdemocracia mejor»; así, por ejemplo, si se escucha al secretario general de la CDU, Heiner Geissler. ¿No es así?

Usted tiene que haber entendido mal al señor Geissler. Yo comprendo su interés táctico por querer escabullirse del desconcierto conservador mediante una apertura al centro. Cuando los democristianos que gobiernan en Bonn se ven cada vez más forzados a asumir políticas socialdemócratas (por ejemplo en los campos de la cooperación internacional, de la ecología y la economía), nosotros no podemos tener nada en contra.

Sin embargo, en diametral oposición a las metas de los socialdemócratas, desde hace algunos años el Estado social se halla sometido a los ataques de la crítica, y ciertamente no sólo desde la derecha. Los neoconservadores exigen que el Estado se retire en toda la línea de importantes sectores de su responsabilidad económica y social, para volver a dejar la evolución social solamente a merced del juego de las fuerzas privadas. En el campo de los Alternativos, incluso dentro de las filas del Partido Verde, se viene exigiendo, con el concepto inspirado en la tradición anarquista de una llamada democracia de base, un desmontaje de la organización y las competencias del «Estado central». Detrás de esto se esconde la vieja utopía de una sociedad que se administra autónomamente sin la ingerencia del poder estatal. La situación en que se hallan los intereses

de los neoconservadores hace comprensible su crítica contra el Estado social. Pero los Alternativos deberían reflexionar más profundamente sobre si un Estado debilitado en sus competencias, concebido predominantemente como poder descentralizado de decisión de los respectivos sectores de la población directamente afectados, podrá seguir atendiendo a sus propias exigencias esenciales, verbigracia en los ámbitos de protección al medio ambiente, de política energética o de planificación del tráfico.

Otra expresión de moda es la del neoliberalismo. ¿Vivimos hoy «en la época neoliberal», en la que ya no son efectivas las recetas tradicionales de la socialdemocracia? Se suele leer que los nuevos tiempos de la revolución de la alta tecnología, de las sofisticadas técnicas de la comunicación y del veloz cambio social, causado por todas estas innovaciones, ha convertido en una reliquia histórica al viejo socialismo. ¿Es que el pensamiento socialdemócrata (que ya tiene tras de sí una historia centenaria), las experiencias del movimiento obrero, no tienen ya nada que decir para el futuro que se abre ante nosotros?

Al contrario. Las innovaciones tecnológicas provocan modificaciones en la organización del trabajo que, si se abandonase este proceso en manos de los intereses del capital, contaría con pocos ganadores y con muchos perdedores. El mercado es ciego ante el medio ambiente y ante los costes sociales. Sin embargo, las nuevas posibilidades técnicas deberían beneficiar a todos. Nosotros no queremos impedir el progreso técnico, sino extraer de él el mayor provecho posible para todos.

El movimiento obrero ha reconocido hoy que el proceso económico, al igual que el proceso tecnológico, necesita control no sólo desde puntos de vista sociales, sino también ecológicos. De lo contrario, avanzará rápidamente la destrucción del medio ambiente, lo cual conducirá a una reduc-

ción inaceptable de nuestra calidad de vida. A este principio lo denominó yo con el término «Principio del Estado Natural» (*Naturstaat*).

Creo que uno de los conocimientos más preocupantes obtenidos en nuestros días es que el poder técnico de los hombres ha aumentado a un ritmo al que no pueden acoplarse nuestras capacidades intelectuales para juzgar lo que estamos poniendo ahí en movimiento, y al que sobre todo no pueden acompañarse nuestras fuerzas éticas y morales para dominar dicho proceso. Casi nunca nos hemos planteado la pregunta: ¿Queremos realmente lo que ahora se hace posible? Alguien lo ha reducido a la expresiva fórmula: «No podemos ya imaginarnos lo que fabricamos». Este rezagamiento de nuestras facultades éticas, intelectuales y espirituales alberga en sí grandes peligros. Sólo diré como palabras clave: energía atómica y tecnología genética.

También asistimos a otro proceso que preocupa al socialismo democrático. Un proceso que parte precisamente de los conservadores que en otros tiempos casi habían sacralizado al Estado. Me refiero a la actitud que se va generalizando de desestatalización, de «consunción» del Estado, de lo que Peter Glotz llama «el deshuesamiento del Estado». ¿Qué fines persigue esta actitud?

Los neoconservadores en Europa occidental tienen que admitir el reproche de haber recaído en la mentalidad estatalista del capitalismo temprano. Llama la atención que en la actualidad sigan siendo válidos los argumentos que a la sazón adujo contra ellos uno de los fundadores del SPD, Ferdinand Lasalle.

La crítica de Lasalle se dirige contra un liberalismo que, según dice polémicamente agudizando, propagaba la idea del «Estado-Sereno», que quería reducir al Estado al papel de un mero guardián de las

reglas de juego en la lucha de todos contra todos. Lasalle señaló que tal idea del Estado solamente sería compaginable con las exigencias de libertad e igualdad propagadas por la propia burguesía liberal, supuesto que, conforme escribía, «todos nosotros fuésemos igual de fuertes, igual de listos, igual de cultos e igual de ricos». Y proseguía: «Pero como no lo somos ni lo podemos ser, este pensamiento es insuficiente y, por lo tanto, en sus consecuencias conduce necesariamente a una profunda inmoralidad. Pues tiene como resultado que el más fuerte, el más listo, el más rico explote al más débil y se lo meta en el bolsillo».

Existe una cierta contradicción si algunos, como por ejemplo el ministro federal de Economía Bangemann, afirman constantemente que nuestra moderna sociedad padece «demasiado Estado» y exigen que se desregule, que se flexibilicen muchas cosas, en especial en el sector social; por ejemplo, que no se permita tanto a los sindicatos (en definitiva quieren más libertad social y económica frente al Estado). Pero, por otra parte, otros, como el señor Strauss, cuyo partido, al igual que los demoliberales del FDP, forma parte de la coalición gubernamental en Bonn, exigen cada vez más Estado, es decir, más Estado policiaco, leyes más duras. ¿Existe aquí algún nexo lógico?

Entretanto se ha generalizado la idea de que también la supervaloración de las posibilidades de actuación del Estado puede inducir a engaño. Para los socialdemócratas no cabe duda y éste es también el punto de partida de nuestra actual discusión en torno a un nuevo programa de principios, de que la ecuación «lo que la sociedad no pueda conseguir a partir de sí misma lo podrá realizar el Estado» es tan errónea como la vieja ecuación liberal de que el Estado mínimo sea el garante máximo de la libertad. Para algunos de los problemas de nueva génesis, entre los que se incluyen de manera muy especial asimismo el aseguramiento del medio ambiente,

la planificación del tráfico y otros muchos son imprescindibles competencias adicionales, en muchos puntos incluso supranacionales, «central-estatales». En otros sectores pueden surgir soluciones más bien desde la propia sociedad. El Estado las puede favorecer, pero no sustituir.

El SPD en la oposición está pasando a ser también un modelo para otros partidos socialistas de Europa. Para algunos socialistas españoles que observan una actitud crítica frente a la política del PSOE, el SPD de hoy se hallaría más a la izquierda que el PSOE. ¿Cómo se explica usted este fenómeno? ¿Se ha desarrollado el SPD desde los tiempos del canciller federal Helmut Schmidt hacia la izquierda? Pero usted está considerado por muchos como un hombre del centro dentro de la socialdemocracia alemana.

Divergencias de opinión dentro del partido apenas transcurren todavía en la línea mencionada por usted, que ciertamente en otros tiempos desempeñó un papel. Seguimos reconociendo, como siempre, el gran mérito analítico de Carlos Marx y su método sociológico para iluminar hechos sociales. Pero sus conclusiones centrales de Filosofía de la Historia y de la Sociedad han sido sustituidas por la afirmación de los valores fundamentales, por el reconocimiento de diversas fundamentaciones de tales valores básicos y la definición del socialismo democrático como una tarea permanente. Esto es suscrito por la totalidad del partido.

Desde 1982, el SPD no ha evolucionado hacia la izquierda o hacia la derecha, sino hacia adelante. Se ha abierto programáticamente a las nuevas exigencias y cogniciones y discute tareas del futuro. Disponemos ahora de una plataforma sobre la que en cualquier momento podríamos volver a asumir los asuntos del gobierno.

Energía nuclear: un tema en el que los socialistas españoles en el Gobierno no en-

tienden muy bien al SPD. Hay quienes opinan que el SPD, con su consigna de «aparse de la energía nuclear», ha dado incomprendiblemente marcha atrás, adelantando en esta materia al PSOE por la izquierda. ¿Nos podría explicar usted que quiere decir eso de «aparse de la energía nuclear»? ¿Quiere el SPD paralizar todas las centrales nucleares en cuanto consiga una mayoría?

Es conocido que el SPD solamente considera aceptable, con sentido de la responsabilidad, la utilización de la fuerza atómica para la producción de energía por un período de transición y que el partido, para dar el paso a un abastecimiento seguro de energía sin la fuerza nuclear, ha desarrollado un proyecto detallado. La Comunidad Europea tendrá que seguir coexistiendo bastante tiempo con el hecho de que acerca del aprovechamiento de la energía atómica existe disparidad de opiniones. Pese a las interesantes tendencias evolutivas en nuestra dirección —así, recientemente, a raíz de un plebiscito en Italia o también en una decisión del grupo socialista en el Parlamento Europeo— nosotros, los socialdemócratas, no podemos esperar un asentimiento general a la convicción de que al final habrá un adiós general a la energía nuclear. Pero sí podemos contar con que se apoye la exigencia de que mientras sigamos manejando la energía atómica, se declaren obligatoriamente vinculantes las normas más altas de seguridad. La polémica en torno a los límites de carga y el escándalo en relación con la Transnuklear han puesto una vez más de manifiesto que el aprovechamiento de la energía atómica conlleva riesgos incalculables, no sólo por la cuestión no solucionada de la polución, sino también porque no pueden descartarse fallos humanos.

El NO a una determinada tecnología lo vinculamos nosotros a un SI al progreso técnico real y filántropo, pues tenemos plena confianza en nuestros biólogos, en

nuestros ingenieros y en nuestros especialistas. Les creemos capaces de aprovechar las enormes reservas de ahorro energético y de poder desarrollar formas alternativas de la producción de energía, si concentramos las fuerzas hacia ese objetivo. Cuando se trata de nuevas tecnologías militares, cuando están en candelero armas o sistemas cada vez más mortíferos, todo es posible. En tal caso, ningún gasto es lo suficientemente elevado, ningún plazo es demasiado corto. Desde la primera fisión del átomo conseguida en 1938, hasta que se arrojó la primera bomba atómica, tan sólo transcurrieron siete años. Nos negamos sencillamente a aceptar que la Ciencia y la Técnica solamente pueden ser capaces de tales esfuerzos en el sector militar, pero no en el civil.

Otra palabra-clave: seguridad común: ¿Qué sentido tiene para el SPD este concepto?

El desarrollo tecnológico de las armas nos ha puesto de manifiesto, en primer lugar en Alemania, que no existe una seguridad que pueda ser conseguida armándose contra un adversario. No existe una respuesta con sentido a cohetes atómicos que pueden alcanzarnos en un minuto y destruirnos totalmente. Nuestra seguridad es la seguridad del otro; existe solamente conjuntamente con él y no contra él. Por eso queremos un sistema consensuado de tratados, de acuerdos que reduzcan las amenazas, profundice la cooperación pacífica y posibilite la disputa ideológica sin el peligro de una guerra. Los acuerdos entre Gorbachov y Reagan han dado impulso a esta política.

Para el SPD, la firme inserción en la Alianza Atlántica es la condición previa para nuestra libertad y para la seguridad común, así como la garantía para la República Federal de Alemania. Pero dentro del SPD se escucha a menudo, según medios solventes, la tesis de que la OTAN ha de ser más europeí-

zada. ¿Quiere esto decir más distancia con respecto a Estados Unidos?».

Pienso en lo que Kennedy dijo ya a principios de los años sesenta, es decir que ha de ser fortalecido el pilar europeo de esta Alianza. Y pienso en que 320 millones de europeos no pueden a la larga vivir con el hecho de que las superpotencias negocien y decidan sobre su destino, sobre el destino de los europeos, sin que los europeos participen en estas negociaciones con una intensidad correlativa a su peso.

Pero también pienso que los europeos no pueden a la larga descargar sus problemas y preocupaciones ante la puerta de los norteamericanos, sino que, en correspondencia con su potencia y también con su peso económico, tendrá que tomar en sus manos, en mayor medida que hasta ahora, sus propios asuntos. La concordancia básica con los Estados Unidos no se verá afectada por ello.

¿Qué opina usted de la brigada mixta franco-germana y del Consejo de Defensa? ¿Son pasos auténticos hacia la seguridad común como la concibe el SPD, o incluso pasos hacia la «europeización de Europa» exigida por muchos políticos del SPD?

Ambas medidas tienen más bien el carácter de «modelos mentales», en los que se ponen de manifiesto las cuestiones propiamente dichas. Por ejemplo, la cuestión en qué estructura de mando deberá ser integrada la brigada mixta y qué competencias tendrá el Consejo de Defensa.

En el seno del SPD se escucha también, en relación con la llamada «Discusión en torno a Mitteleuropa», es decir la Europa del Este propiamente dicha, la exigencia de que se lance una segunda *ostpolitik*. ¿Qué características deberá tener esta segunda política hacia el Este? ¿No practica ya Kohl esa segunda *ostpolitik*?

El Canciller Federal tiene siempre dificultades para saltar con su partido a trenes que están en marcha. Nos ha atribulado que hasta el último momento hayan sido formuladas objeciones por la República Federal contra la solución doble cero en el sector de los misiles de mediano alcance. Afortunadamente, ahora hemos secundado lo que fue decidido en Washington y en Moscú. Una segunda fase de la política de distensión, como la pensamos nosotros, hubiese emprendido hace tiempo iniciativas propias en el sector de los cohetes de corto alcance o en el sector convencional. Reagan y Gorbachov se han tomado mutuamente la palabra. Nosotros no deberíamos asistir a este diálogo sólo como espectadores.

Gorbachov necesita con su política de reformas éxitos para la política interna y económica, que solamente puede conseguir si atenúa las cargas armamentistas. Y también Estados Unidos ha llegado al límite de lo financiable. Si aprovechamos ahora lo propicio del momento podríamos hacer posibles cosas que todos nosotros creíamos impensables no hace aún mucho tiempo.

En España no se abrigan recelos ni miedos a causa de la llamada «cuestión alemana». Para el ciudadano de a pie sería la cosa más natural del mundo que ambas partes de Alemania se reunificaran un día. ¿Considera usted posible la reunificación de Alemania, o la cree, por el contrario, algo peligroso?

Para nosotros no hace mucho tiempo que todavía el muro y las alambradas eran totalmente impenetrables. La política de distensión de Willy Brandt y de Helmut Schmidt, que tampoco pudieron hacer volver atrás a sus adversarios, ha puesto, entre tanto, muchas cosas en movimiento. No obstante, en territorio alemán existen dos Estados con distintos sistemas sociales. Este es el resultado de la segunda guerra mundial y esta situación no podrá modificarse en un futuro previsible. Pero hemos

de hacer más permeables las fronteras y ahondar y multiplicar los contactos humanos. Y hemos de conservar la comunidad histórica, lingüística y sentimental de las personas en ambos Estados alemanes, y de esta manera mantener los elementos que se unen en el concepto de Nación.

Condición previa para el éxito de esta política es reconocer a la RDA como Estado, tratar con ella sobre la base de la igualdad de derechos y aceptar los hechos territoriales en Europa. En vista de la vinculación de ambos Estados a distintas alianzas, de la contrapuesta disparidad de sus sistemas sociales y de la no concordancia en diversas cuestiones fundamentales, como, por ejemplo, en la cuestión de la ciudadanía, es preciso paciencia y constancia en la política de Alemania. La República Federal no puede plantear únicamente exigencias a la RDA, sino que ha de tener también en cuenta los intereses de este Estado y saber calibrar sus posibilidades de realización. Sólo así, en un toma y daca, en la compensación de los intereses, es posible progresar. Las ulteriores respuestas las da la Historia.

También es significativo en este contexto el documento, elaborado por miembros de la Comisión de Valores Fundamentales del SPD y representantes de la Academia de Ciencias Sociales en el Comité Central del SED, denominado «Disputa de las Ideologías y la Seguridad Común». Ofrece puntos de arranque para una competición pacífica de los sistemas, cuyas diferencias y contraposiciones no pueden, por supuesto, ser totalmente borradas. Progresos en todas las direcciones imaginables solamente pueden ser obtenidos por este camino.

El SPD quiere darse un nuevo Programa de Principios. Ya tenemos el «Proyecto de Irsee». ¿Por qué no sigue ya siendo actual el «Programa de Godesberg»? ¿Qué es hoy obsoleto o equivocado en él?

Después de treinta años es lógico reconocer que entonces se había visto como perspectiva práctica. Nadie quiere cambiar los valores fundamentales del socialismo democrático o arrojar por la borda el carácter del SPD como «*Volkspartei*». Pero se espera de nosotros que vayamos por delante en la solución de los grandes problemas y que tengamos la fuerza para defender soluciones que todavía no son aceptadas por amplias mayorías. Así, hemos impuesto el principio del Estado social contra una encarnizada resistencia. Ahora, en nuestro nuevo programa de principios, hemos de hacer plausible que no sólo se trata del control social, sino también del control ecológico del proceso económico y tecnológico. Que hemos de emparejar al principio del Estado social el principio —no se me ocurre otra expresión más apropiada— del «Estado Natural», es decir, que la Naturaleza ha de ser protegida en razón de sí misma como base vital para la pervivencia de la Humanidad.

Peter Glotz, en sus escritos, lucha por una nueva izquierda europea. Esta sugerencia ha hallado un eco muy positivo en el PSOE. El Partido Socialista Obrero Español quiere contribuir efectivamente a la creación de un Partido Socialista Federal Europeo, es decir, una especie de federación de los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa. ¿Qué opina usted de esta idea y de su viabilidad?

Nosotros, los socialdemócratas somos europeos por nuestra tradición, por nuestros conocimientos y experiencias en dos guerras mundiales y las dictaduras a la sazón. Para nosotros Europa es la perspectiva para el progreso, para la seguridad y para la paz. Después de treinta años de trabajo conjunto en la obra de unificación de Europa sabemos que nuestro futuro depende de si la Comunidad consigue salir airoso de los nuevos desafíos. ¿Es Europa susceptible de modernizarse? ¿Está en condiciones de definir nuevas metas y caminos para la cooperación y para defenderlos con credibilidad, y conseguirá reconciliar los diversos intereses de las regiones? Si lo logra, Europa occidental puede pervivir en la multiplicidad de sus pueblos, regiones, culturas y lenguas.

El SPD aboga por una cooperación más estrecha entre los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa en todas las cuestiones concretas de nuestra sociedad. Una fusión o federación de los partidos, sea de la índole que fuere, en un solo partido, la considero prematura. Mientras que las elecciones, que en los países europeos deciden sobre el poder y la formación de los gobiernos, sean celebradas y decididas a nivel nacional, los partidos de cualquier tendencia política han de reservarse un cierto margen nacional y dedicarse a asuntos nacionales.